principio de la siguiente. Un día también dijo al doctor que él tenía una jaqueca fuerte, lo cual era cierto, y predijo con exactitud completa las fases todas del mal. Algunos momentos antes del fin de la crisis, volvía á caer la enferma en catalepsia completa, y después no conservaba el menor recuerdo de lo pasado en el acceso.

»Nos cuesta trabajo ver en este caso y en los demás que narra el doctor Petetin una intervención extraña de lo natural. Son enfermedades que se conducen siguiendo el curso acostumbrado, sin preparativo alguno supersticioso. Se ha querido reconocer en estos curiosos fenómenos una especie de trasposición de sentidos. Un ligero examen demuestra que se engañan. Aquí hay fenómenos de imaginación, y no de sentidos; pero fenómenos de imaginación en que la imagen coincide más ó menos con la realidad. La enferma no gusta, cree gustar; no ve, cree ver; cree gustar con la boca y ver con los ojos. Quizá se halló en relación íntima con el médico que intenta tratarla, y su cerebro se puso en harmonía con el suyo. Siendo así, podríamos suponer que las vibraciones nerviosas pasaban del médico á la enferma por medio del contacto sobre una parte rica en expansiones nerviosas. ¡Y qué! ¿el aire mismo no tiene la propiedad de poner en comunicación los sistemas nerviosos de distintos sujetos cuando se trata de la palabra? Además, reflexionando en la unidad de composición de todos los nervios, sabiendo que Cl. Bernard ha llegado á sustituir nervios de movimiento con nervios de sensibilidad, está uno tentado á creer que ciertas enfermedades podrían muy bien transportar á muchos de estos cordones, destinados únicamente á vibrar cada uno á su manera, las funciones de otros que los vuelva capaces de trasmitir vibraciones más delicadas. Digámoslo una vez más: sería temerario pretender que las cosas sucedan así, pero no lo sería menos pretender que la naturaleza es incapaz de producir semejantes fenómenos. Si se quisiera encontrar una dificultad en la distancia del magnetizador y del magnetizado, recordaríamos todavía la palabra, y, sobre todo, rogaríamos que se reflexionaran bien las maravillas del instinto en el reino animal, de esta potencia toda natural, que reside en la carne viviente y que derrota con sus manifestaciones á la ciencia...

»Mas todos estos fenómenos pasan en una región mal iluminada, donde no se ve claramente la verdad, y en la que no se puede intentar reconocerla sinó por conjeturas. Hay otros que manifiestamente no se hallan bajo el poder de los agentes del mundo visible. Así, por ejemplo, el Dr. Ricard escribe: «Algunos magnetizadores de buena fe, poco dados al entusiasmo y buenos observadores, me han asegurado que habían visto sonámbulos que respondían en idiomas que les eran desconocidos en vigilia. Si les hablaban en griego ó latín, respondían como lo hubieran podido hacer Demóstenes ó Cicerón; alemán ó inglés, como Schiller ó Byron. Esto me parece el *non plus ultra* del sonambulismo.» M. Ricard se engaña; no es el sonambulismo el que llega á tanto. No hay estados naturales en que el hombre sepa lo que no aprendió; no hay tampoco ninguna potencia creada que pueda comunicarle instantáneamente la suya. Todo saber, por muy poco complicado que sea, entra sucesivamente en su espí-

alucinaciones colectivas, fenómeno que niegan los mismos naturalistas. Mas prescindiendo de esta consideración, ¿cómo podrían explicar las alucinaciones las respuestas que dan á veces los *mediums* en idiomas desconocidos por completo para ellos, demostrando al par conocimientos é ilustración superiores á su ignorancia ordinaria, y áun al saber de los concurrentes ó del operador? ¿Cómo darían cuenta satisfactoria de los dibujos que practican aventajando á los pintores más hábiles, de la elevación aérea contra las leyes de la gravedad, y sobre todo, los casos de profecía *realizada*, como en el ejemplo siguiente, relatado por el señor de l'Harpe, miembro de la Academia francesa? (1):

«Comíamos en casa de un consocio que pertenecía á la Grandeza... Un solo convidado no tomaba parte con los demás en el regocijo general: era Cazotte..., imbuido en las utopias de la secta *iluminada*. Señores, dice, hablando súbitamente, alegraos: todos veréis esa gran revolución que ansiáis tanto. Ya sabéis que soy profeta... Contestáronle que para decir aquello no se necesitaba ser adivino.—En buen hora, respondió; pero tal vez se necesita ser algo más para lo que vais á oir... Vos, Sr. de Condorcet, espiraréis tendido en el suelo de un calabozo, muriendo del veneno que tan dichosos tiempos harán que llevéis siempre á vuestro alcance.

»Estas palabras sorprendieron al pronto; mas luego se recuerda que el bueno de Cazotte soñaba despierto... y le dicen: Pero ¿quién os ha metido en la cabeza

(1) *Revista de París*, 1829.

ese calabozo y ese veneno? ¿Qué tiene de común eso con la filosofía y el reinado de la razón?

...Eso precisamente digo, contestó; vendrá tan desastroso fin en nombre de la filosofía, de la humanidad, de la libertad, y bajo el reinado de la razón... porque la razón tendrá entónces sus templos, y no habrá otros en toda Francia... —A fe mía, dijo Chanfort, que no seréis ninguno de los curas de tales tiempos.—Así lo espero, continuó Cazotte; más vos, Sr. de Chanfort, que seréis uno de ellos, y muy digno, os cortaréis las venas con veintidos navajazos que os harán morir algunos meses después.

...Vos, Sr. de Vicq-d'Azir, no os abriréis las venas, pero seréis atacado por la gota, y en un acceso de la enfermedad os las haréis abrir seis veces en un día, y moriréis durante la noche. Vos, Sr. de Nicolai, sucumbiréis en el patíbulo; Vos, Sr. de Bailly, también; Vos, Sr. de Malesherbes, lo mismo.—¡Oh!... dijo Roucher; parece que este caballero la toma con la Academia.—Vos moriréis también como ellos en el patíbulo; le respondió.—¡Pardiez! Apuesto que ha jurado exterminarlo todo.—No soy quien lo ha jurado.—¿Vendrán acaso á subyugarnos los turcos y los tártaros?—Nada de eso: seréis gobernados solamente por la filosofía y la razón. Los que así os tratarán, filósofos también, tendrán en su boca las mismas frases que recitabais hace media hora, repetirán vuestras máximas, citarán como vosotros los versos de Diderot y de la Pucelle.

»Los concurrentes se decían al oido que Cazotte estaba loco... —Y todo eso ¿cuándo sucederá? le preguntaron.—No pasarán seis años, respondió, sin que se haya cumplido... —¿Y á mi no me toca nada? preguntó

de l'Harpe.—A vos, díjole Cazotte, os salvará un milagro, una cosa extraordinaria: entonces seréis cristiano.....

»Interpelado por la Duquesa de..., contestó: Vuestro sexo no os defenderá esta vez;... seréis tratadas como los hombres...—¿Predicáis quizá el fin del mundo?—Lo ignoro: lo que sí puedo asegurar es que vos, señora Duquesa, iréis al patíbulo en la carreta del verdugo y con las manos atadas á la espalda.—¡Ah!... Confío que si tal sucede, tendré por lo menos una carroza cubierta de paño negro.—Nó, Señora; otras de rango más elevado... irán como vos... La Señora N..., con el fin de distraer y disimular, no insistió y sólo dijo en tono ligero:—Vais á oir que tampoco se me permite un confesor.—Nó, señora, no se os permitirá: ni á vos, ni á nadie. El último sentenciado á quien será concedida esta gracia... y Cazotte paróse un momento...—Y bien, le instaron; ¿quién será el feliz mortal que gozará esta prerogativa?—Es la única que le restará al Rey de Francia!

El dueño de la casa levantóse bruscamente... y le reconvino. Cazotte no contestó, y se disponía á salir, cuando la Señora N..., enemiga constante de lo serio, le preguntó deseando restablecer el buen humor...:—Señor profeta, á todos nos decís la buena ventura; pero nada contáis de la vuestra... Cazotte, después de algunos momentos de silencio, respondió con los ojos bajos:—Señora, ¿habéis leido el sitio de Jerusalén en la historia de Josefo?—¡Oh! ciertamente.—Pues bien: durante el sitio, un hombre dió vueltas á las murallas siete días seguidos gritando con voz siniestra y atronadora ¡Ay de Jerusalem! y el séptimo día gritó ¡Ay de

Jerusalem! ¡Ay de mí! Apenas acabó de pronunciar estas palabras, una piedra enorme arrojada por las máquinas del enemigo cayó sobre él y le mató.—Diciendo esto, Cazotte hizo un profundo saludo y se retiró del salón.» Estos anuncios se realizaron.

Ahora bien: ¿podrían explicarse todos estos hechos, y otros muchos que no cito aquí, por las alucinaciones? Entiendo que sería imposible; pues el carácter más contrario á todo hecho natural es el que sobrepuja los límites que son propios de su categoría, ya se refiera al orden fisiológico, ya al patológico.

Ciertos naturalistas, más precavidos y astutos, eligen un sistema de discusión peregrino y muy á propósito para seducir incautos. Consiste en adoptar para cada hecho que se propone una explicación distinta, con tal que sea del orden puramente natural. Con este fin, guardan en su cartera todas las hipótesis inventadas, y van aplicando, según las analogías aparentes del caso en litigio, ya los flúidos eléctrico, magnético y nervioso radiante, ya la hiperestesia, subjetividad, alucinaciones ó cualquier estado morboso, ya la supercheria ó la prestidigitación. Mas sucede que ni aun así logran convencer á nadie; porque los fenómenos quedan lo mismo de inexplicables y misteriosos que ántes, revelando su naturaleza preternatural, al par que ponen de relieve y en evidencia el vano ardid naturalista.

Rechazadas las anteriores explicaciones, réstame copiar una del magnetizador Potet (1), que dice así: «Fuera dudas, fuera incertidumbres... Tales fenóme-

(1) Cita que extracto de la obra del P. Pailloux.

nos no están subordinados á nuestra voluntad; no se realiza lo que nosotros quisiéramos; somos completamente ajenos á lo que sucede..... Hay aquí algo que traspasa los límites de nuestra razón: lo sobrenatural se manifiesta en los mismos instantes en que yo quisiera negar su existencia..... Puedo asegurar que lo que ven los magnetizados no está en mi pensamiento... Me parece oir á los magnetistas que dicen: ¿acaso no está todo descubierto? ¿No tenemos el sonambulismo y el éxtasis? ¿Qué más puede haber?—Hay lo que no alcanzáis... Voy á descubriros el secreto: mediante cierta evocación mental, cierto llamamiento misterioso, el espíritu que evocáis, hallándose necesitado para comunicar con los mortales de valerse de los órganos de éstos, se apodera de su domicilio, y no tarda en hacer que se muevan los brazos y las manos trazando en el papel las respuestas á las preguntas que le habéis antes dirigido, con independencia del cerebro.....»

Preciso es confesar que, si se admite tal explicación y todas sus consecuencias, queda el entendimiento más satisfecho al darse cuenta de cierta clase de fenómenos que están más allá de los horizontes del orden humano. Autores graves, ilustrados y de carácter respetable, teólogos y filósofos eminentes, aceptan la intervención de los espíritus en esa clase de sucesos. En cuanto á mí, debo decir lealmente que admito la posibilidad de dicha intervención, que no encuentro dificultades para ella, y que su carácter sobrehumano lo demuestra la impotencia de la razón para explicar esos hechos de otro modo.

CAPÍTULO IV.

QUE TRATA DE LA CLASE DE PODER SOBREHUMANO Á QUE CORRESPONDÍAN LOS ÉXTASIS Y RAPTOS MÍSTICOS DE SANTA TERESA DE JESÚS, SEGÚN ELLA LOS DESCRIBE.

No repetiré otra vez los signos de las uniones místicas de Santa Teresa, que mis lectores conocen ya bien; lo que sí conviene advertir aquí es, que cuando Dios permite al ángel malo que procure engañar al hombre, no le consiente, sin embargo, que remede siquiera las notas principales y características de los favores divinos, de tal modo, que le induzcan al error invenciblemente. Déjalo entregado á su propio poder sobrehumano; y como á este poder no le es dado realizar el acto más insignificante del orden sobrenatural divino, resulta, que por más esfuerzos y conocimientos que ponga en juego, nunca logra otra cosa sinó dar muestras de su impotencia relativa, y señales de su caída naturaleza.

ritu, es decir, á fuerza de tiempo; su inteligencia esencialmente *analítica*, porque es esencialmente débil, no llega á comprender más que dividiéndose: tres ideas presentes á la vez casi agotan su atención, cuatro la destruyen. Ahora bien; aprender una lengua en un instante, sería introducir en su espíritu en ese instante, y por un acto reflexivo, millares de ideas; y semejante operación es más imposible que mover el monte Blanco. Si los hechos de que habla M. Ricard son auténticos, la conversación era sostenida por alguien que sabía latín, griego, inglés y alemán, y este alguien no era ciertamente el sonámbulo que no sabía ninguna de estas lenguas. La hipótesis que insinuamos tímidamente más arriba no podría servir de subterfugio. La harmonía de los cerebros no puede ser más que harmonía de signos, y los signos no tienen valor ninguno sin la acción viviente de inteligencias que saben ya interpretarlos cada cual de su parte: no se sabe un idioma por oir los sonidos ó por leer las palabras escritas.

»... Los fenómenos de clarividencia están sometidos á las mismas reglas que los fenómenos de imaginación. Se hará bien no considerando como profecías, esto es, como una vista de lo porvenir, todo lo que un sonámbulo anuncia con antelación que ha de suceder. Las crisis nerviosas, por ejemplo, son predichas con frecuencia por las personas que se hallan sujetas á ellas; indican el minuto preciso anticipadamente que un reloj determinado. Mas lo que tiene visos de profecía, es de hecho la causa del suceso. En estas enfermedades raras, el sistema nervioso es tan sensible, que sólo el pensamiento de la llegada del instante predicho, basta

para determinar la crisis en el mismo instante. Se cita un enfermo que tenía metido en la cabeza que sus accesos debían estallar, creo que á la primera campanada del mediodía, y así pasaba: su doméstico, que tuvo la feliz idea de atrasar su péndulo, le hizo notar después, que la hora del acceso había pasado con mucho, y que por consiguiente, la profecía era un capricho de su imaginación; esto bastó para curarlo. Es evidente que tal restricción no debe hallar cabida en los casos en que el sonámbulo anuncia con perfecta precisión la hora de los accesos de otros enfermos.

»Pero sería engañarse mucho, el atribuir, con el vulgo el dón de profecía á la mayor parte de los sonámbulos lúcidos... En resumen: bastantes sueños, algunos felizmente dirigidos, un número más pequeño en que la imaginación del sonámbulo parece amoldarse á la de las personas que se relacionan con él, y mucho más corto aún, en que quizá una potencia extraña á este mundo se manifiesta; tal es, creemos, el balance del magnetismo lúcido.»

Tiene razón el ilustrado autor de las precedentes líneas: hay casos en los que tiene que admitirse la intervención de un agente sobrehumano; porque no es posible dentro del terreno meramente natural hallar explicaciones ningunas, y porque, sobre todo, los motivos en que se apoya la afirmación antinaturalista son absolutamente inquebrantables, como verá el lector que se fije un poco en las consideraciones que siguen.

El alma humana no puede ver los objetos físicos sinó con los ojos, por ejemplo, ni oir sinó con los oídos; porque no tiene otros aparatos destinados á estos fines:

separada de ambos sentidos, conservaría el uso de las otras potencias, mas la visual y la auditiva, nó; así como separada del cuerpo humano perdería el de todas, menos el de la voluntad é inteligencia racionales y su principio de actividad. Y es que el alma especifica sus acciones por medio de la diversidad de órganos. Además, necesita luz ú ondas sonoras para realizar la visión ó audición; pues la luz y el sonido son los objetos, las condiciones inmediatas y necesarias de aquellos dos actos. Me voy á explicar.

El alma es sensible de muchas maneras; pero ve por un acto específicamente distinto del de oir, oler, gustar, etc.; distinción que se produce por la diferencia del aparato material propio del sentido que vivifica. Ve, y su vista no difiere del oído sinó por la diferencia de los órganos; oye, huele, saborea, toca, y muda estas operaciones por la variedad de formas que la impone la variedad de los aparatos anatómicos peculiares de cada uno; necesitando también la condición inmediata y necesaria á cada cual, como es la luz, las vibraciones sonoras, las partículas olorosas, etc. Es así que el alma en ciertos casos no puede usar del aparato anatómico destinado al ejercicio, ya de la facultad visual, ya de la auditiva, y tampoco encuentra luz ni onda sonora; porque unos y otros medios se suprimen ó estorban adecuadamente con obstáculos eficaces, quedando, por tanto, sin los elementos constitutivos de dichos sentidos, y sin las condiciones que son necesarias á la visión ó la audición; *luego* claro es que *no verá ni oirá naturalmente* en tales casos.

Pero es más. Aceptemos un instante, dos supuestos naturalistas imposibles; uno, que el alma impulsada,

atraida, ó como se quiera, por el agente X, abandone el cerebro y marche al epigastrio, al occipucio, dedos, etc.; y otro, que la luz atraviese los tejidos anatómicos de esas regiones en cantidad proporcionada: ¿verá el sujeto en este caso? De ninguna manera. Aparte de que las regiones corpóreas abandonadas por el alma darían señales de tal desamparo convirtiéndose en trozos de cadáver; aparte de este primer absurdo, repito, es evidente que, no hallándose ya el alma determinada al acto especial de ver por el aparato especial, ojo, no realizaría la visión; y aunque hubiera luz, como el epigastrio, occipucio, etc., no son órganos dispuestos para el acto visual, es decir, no son ojos, tampoco vería el alma, en este concepto.

Dejando ya este punto, pasaré á examinar otras causas, á las que ciertos patólogos naturalistas han atribuido los hechos sobrehumanos del magnetismo y espiritismo.

Todos los fenómenos de esta clase, dicen, se acompañan de preparativos cabalísticos muy propios para impresionar vivamente la imaginación del *medium* y de los espectadores, que por lo común son personas débiles, nerviosas, impresionables y con gran fe en lo sobrenatural. La vista del operador y sus maniobras atrae poderosamente la atención de todos, los aparta del mundo exterior, y cada movimiento, cada palabra, se transforma para ellos en fantasma medio real y medio imaginario.

Ya dije al estudiar los fonómenos sonambúlicos, cuanto se podía considerar como natural respecto á las alucinaciones. Mas hay hechos que no es posible mirar de igual modo; pues sería necesario aceptar las